

1969

**Los cineastas latinoamericanos hemos
aprendido a descubrir al enemigo y
a desenmascarar sus mediaciones**

Alfredo Guevara

A su regreso del Segundo Festival del Nuevo Cine Latinoamericano y del Segundo Encuentro de Cineastas Latinoamericanos, celebrados en Viña del Mar, Chile, el director del ICAIC, Alfredo Guevara, quien presidió la delegación cubana, integrada además por Santiago Álvarez, Octavio Cortázar, Pastor Vega, Iván Nápoles y Raúl Pérez Ureta, responde a un cuestionario de *Granma* sobre la significación y alcance de ambos eventos.

¿Cuál es su opinión, en general, de los resultados del Encuentro de Cineastas y del Segundo Festival del Nuevo Cine Latinoamericano celebrados en Viña del Mar?

—El II Festival del Nuevo Cine Latinoamericano y sobre todo el II Encuentro de Cineastas Latinoamericanos resultaron sin duda alguna, y pese al silencio o las tergiversaciones de la prensa vendida, amarilla, mediatizada o cobarde, el festival y encuentro más importantes que han tenido lugar en los últimos años. Y no me refiero sólo el continente latinoamericano, a nuestra patria dividida por los colonizadores, vendida por las oligarquías que ahorran a sus amos los ejércitos de ocupación, saqueada y exhausta, condenada a la miseria, la muerte y el subdesarrollo por el imperialismo yanqui, su enemigo principal. Este festival y encuentro superan la dimensión continental porque sus objetivos, ejemplaridad y eficacia resultan válidos para los cineastas, y aun para los artistas de todo el mundo. Su principal característica: la *autenticidad*. Despreciando la frivolidad y

el exhibicionismo. la excentricidad calculada y todas las coberturas que esconden la dimisión del rigor y coherencia que se suponen inherentes a un trabajo de elaboración artística, rescatando como principal tarea la de asegurar ese necesario rigor, esa urgente coherencia, los cineastas latinoamericanos, nosotros, los “nativos”, los colonizados o neocolonizados, los que a brazo partido, como parte de nuestros pueblos, protagonizamos el combate contra el subdesarrollo (que es combate, y bien difícil, duro, riesgoso, antes y después de la liberación), hemos encontrado el modo de insertarnos, de ser cultura viva, historia real, contemporánea, válida, de nuestros pueblos y de sus tensiones, de sus luchas, de sus triunfos. Pero esa autenticidad, esa inserción válida en los procesos forjadores de la cultura nacional, y esa vocación que las trasciende y reconoce porque se reconoce en toda América Latina, no pueden darse sino a partir del hecho cultural por excelencia: la liberación. La conciencia de su urgencia, la acción para hacerla posible, el derrumbe de las ideologías que predicán la mansedumbre, la asimilación o la conciliación, han dado a los cineastas latinoamericanos la oportunidad no ya de convertir su arte en arma de la liberación, sino de, en muchos casos, protagonizarla como parte de sus vanguardias revolucionarias.

En Viña del Mar constatamos que el cine revolucionario, el cine de nuestros años, de nuestra época, el cine y los cineastas de América Latina, han dado algunos de los primeros y más importantes pasos, y acompañan ya, con su obra, los combates reales. Lo importante no es entonces el festival o el encuentro: es lo que el festival y el encuentro han permitido ver, comprender, prever.

¿Cuáles fueron los motivos por los cuales ese evento se transformara, dada la composición de los participantes, en una tribuna antimperialista, ya que el punto central de la agenda fue imperialismo y cultura?

—La respuesta es muy simple y al mismo tiempo dramática. Está esbozada en la respuesta a la primera pregunta. Los colonizadores, las oligarquías, los intermediarios de toda laya, han dividido, atomizado, balcanizado el Continente, la patria nuestra, la de Simón Bolívar, la de José Martí, la del Ché. Nos han dividido en todos los campos y por todos los medios. Estableciendo fronteras, enfrentando a los pueblos, cultivando la moral capitalista, su ley de la selva, forjando la unidad de los lacayos (en la OEA; ministerio de

colonias, y con todos los aparatos de represión militar y política), y condenando la de los patriotas que combaten por la independencia nacional, por la liberación. También nos dividen cuando convierten a nuestros intelectuales en bufones, cuando les sirven honores que se pagan con servilismo y autodestrucción moral, cuando compran la prensa y la convierten en veneno, o cuando transforman los medios de comunicaciones *culturales* (el cine, la radio, la TV, las revistas, los libros, etc.) en fuente de embrutecimiento, desinformación, deformación y amansamiento. Pero las mismas armas que sirven para reclutar testaferreros o convertir los instrumentos de comunicación cultural en difusores de subproductos de la anticultura imperial, permiten calcular, avizorar, aunque resulte de una paradoja, lo que nos une y lo que nos moviliza. Nos descubrimos en primer término en el enemigo común, en el omnipresente imperialismo norteamericano, en sus mil tentáculos, en sus mil rostros. El nos exige en Brasil o en Perú, en Argentina, Uruguay o Cuba, en Bolivia o en Venezuela o Colombia, igual tensión, igual disponibilidad para el rechazo y para la lucha. Y lo podemos reconocer y debemos rechazar cuando usurpa las riquezas materiales que pertenecen a la nación, pero también cuando adormece al espectador, usurpando las pantallas para cubrir las con propaganda reaccionaria y como parte de ella con la exaltación de su autosatisfacción de saqueadores.

El imperialismo norteamericano nos divide para mejor saquearnos; destruye, paraliza, traumatiza, deforma los procesos del desarrollo de la cultura nacional porque la conciencia de sí es un hito de la insurrección liberadora, del rechazo de la opresión, del enfrentamiento al opresor.

Ellos condenan a los pueblos a repetir desesperada e interminablemente las formas cristalizadoras de su cultura, como un grito de afirmación y ese grito si bien endurece viejos reductos y puede convertirlos en indestructibles (el folklore, la religión, las estructuras familiares y grupales) es sobre todo un testimonio del crimen imperialista por excelencia: o la destrucción total de la cultura nacional o su paralización en una etapa del desarrollo. Los compositores musicales, los coreógrafos y bailarines, los pintores y escultores, los estudiosos del folklore y las formas culturales incorporadas a la tradición, los sociólogos e historiadores afrontan delicadas tareas de elaboración, reelaboración, conservación y superación de las expresiones de la cultura nacional, que son parte del combate por la liberación del reencuentro de la propia fisonomía y la revitalización de impulsos que hacen de

un pueblo protagonista de su propia historia. Para ellos la tarea es difícil y compleja, tiene un punto de partida sin embargo. Para los cineastas ésta no es la situación. El cine nació con el siglo. Y con el despegue del imperialismo norteamericano. Y si sus posibilidades expresivas, su lenguaje, su condición de arte se realizaron orgánicamente con los movimientos experimentales, de búsqueda que marcaron la cultura soviética en los años que sucedieron a la revolución de octubre, las estructuras de la comercialización, la reducción del cine a la condición de mercancía e instrumento propagandístico se integran en el despegue del imperialismo norteamericano (heredero y superador de sus padres y maestros). El primer *western* se inspiró en una obra de aventuras de los colonizadores ingleses en la India; asimilaron el esquema narrativo y la ideología que le era inherente, y por decenios han educado a nuestros pueblos en el aplauso y la admiración de sus colonizadores. Uno de los primeros noticieros recoge la intervención norteamericana en nuestra guerra de independencia de España y muestra como liberadores a los *rough riders* de Teodoro Roosevelt.

Ese cine que nació instrumento ideológico del imperialismo norteamericano, ha creado también, como en el terreno económico intermediarios y mayores, un cine mimético que asimila las mismas fórmulas, los esquemas e ideología del cine norteamericano; o propaganda directa, o exhibición de la autosatisfacción de los explotadores (marginando de la pantalla no ya la crítica sino la imagen misma del subdesarrollo y sus consecuencias), o evasión.

Los cineastas latinoamericanos hemos aprendido a descubrir al enemigo y a desenmascarar sus mediaciones. De ahí nuestro enfrentamiento al anticine, a los grandes aparatos productores de veneno y sopor y a su control absoluto, monopolístico, excluyente, de las cadenas de exhibición cinematográfica en todo el continente.

¿Cómo hacer cine, cómo exhibir el cine en estas condiciones? Hay un cine que está permitido, el que se traiciona a sí mismo, el que abjura de su condición de arte, el que se convierte en bufón del amo, en servidor de sus objetivos: adormecer, embrutecer, explotar. Hay “cineastas” que pueden hacer cine sin dificultades ni consecuencias, los que se prestan a este juego, los que prestan su talento (y lo sumergen en cloaca) para servir al opresor, o a sus mayores. En el cine corresponden a los “colaboradores” (o “colaboracionistas” de las

revistas de la CIA (*Mundo nuevo, Aportes*, etc) o a los que desde las grandes publicitarias organizan la difusión de ideología, el mensaje del colonizador.

La lucha por la realización y difusión del nuevo cine revolucionario, y aun de todo cine que contenga algún elemento crítico, pasa precisamente por la denuncia, el enfrentamiento y el combate antimperialista. De ahí que nuestra proposición de incluir como primer punto de la agenda Imperialismo y Cultura, no fuera sino consecuencia natural de una situación que no puede ni siquiera ser enmascarada, y menos discutida. Este punto que estaba sobreentendido quedó explícitamente formulado. No se hizo otra cosa que prescindir de formalismos verbales. La realidad se hubiera encargado siempre de traer a un primer plano el tema real de todo debate latinoamericano y no también, sino sobre todo cuando se trata de las manifestaciones artísticas de la cultura. Por otra parte, si el II Encuentro de Cineastas Latinoamericanos debatió ampliamente sobre el tema Imperialismo y Cultura hay que decir que la importancia de este punto quedó subrayada aún más en la pantalla cinematográfica. La obra de muchos jóvenes cineastas, obra a veces anónima, testimonia el enfrentamiento entre cultura —y su primera condición: la liberación— y su enemigo principal, el imperialismo norteamericano.

¿Cómo surgió la idea y cómo fue recibida por el pleno del encuentro la designación del guerrillero heroico, comandante Ernesto Che Guevara, como presidente de honor del evento?

—El II Festival del Nuevo Cine Latinoamericano y el II Encuentro de Cineastas Latinoamericanos fue invadido materialmente por un centenar de jóvenes estudiantes de las escuelas de cine de todo el cono sur (Uruguay, Argentina y Chile). Ellos fueron, seguramente, una de las más importantes presencias. Y su participación permite calcular lo que será el nuevo cine latinoamericano en los próximos años. Llegaron haciendo *auto-stop* venciendo toda clase de dificultades y enriquecieron el festival y el encuentro con el aporte de una juventud madura, intransigentemente lúcida, y por eso intransigentemente combativa.

Apenas se había iniciado el encuentro cuando uno de los estudiantes pidió la palabra y dijo: “La delegación de la Escuela de Cine de La Plata propone como presidente de honor de esta reunión al comandante Che Guevara como símbolo de todos los héroes caídos en la

lucha por la liberación de América Latina”. La respuesta, una salva de emocionados aplausos.

¿Cree que el Festival haya dejado un saldo positivo para el desarrollo futuro del cine latinoamericano?

—La respuesta exige otra pregunta. Y ella me permitirá responder reproduciendo textualmente algunos párrafos de mi intervención sobre el punto Imperialismo y Cultura en el Encuentro de Cineastas

Latinoamericanos:

“¿Qué es lo que ocurre en América Latina?

“¿Por qué con diversas tesis, teorías, planes, surgen, se desarrollan, crecen, se abren al combate contra el anticine, contra la dominación de los medios de comunicación por el imperialismo norteamericano, por qué con diversas tesis, teorías, planes, surgen autores, grupos, movimientos, tendencias que se plantean destruir esa dominación?

“No surgen, de eso estamos seguros, porque uno, varios, algunos encontraron una nueva línea expresiva, un camino para comunicarse de un modo directo y activo con las masas, surgen sobre todo, se fundamentan, en los combates reales. Son los guerrilleros, los combatientes urbanos, es la insurrección popular y el nivel de conciencia que la insurrección armada hace posible, el germen, la clave, la base del surgimiento de toda una serie de movimientos que se plantean *enfrentarse a la dominación*.

“Son los combatientes y los combates, y son los triunfos, como el de la revolución cubana, son los combates que se libran y las derrotas que se infligen al enemigo, al imperialismo yanqui, son esos combates y los triunfos (sus derrotas), el germen de un nuevo cine tercermundista, de un cine revolucionario y antimperialista. Es en esos combates en los que se ha hecho posible para América Latina, para sus vanguardias, y en este caso para sus cineastas, reencontrar la conciencia de sí, de su autonomía cultural, de sus posibilidades reales y de sus derechos y de sus deberes, el primero de ellos: *combatir*. También con la cámara mientras sea posible y eficaz. Y en un más alto nivel de conciencia, y de urgencia, *con el fusil*.

“En América Latina la vanguardia revolucionaria es la vanguardia armada y surge en los

combates reales, en los combates que encabezan la resistencia popular ante la violencia reaccionaria, armada, apoyada en el imperialismo norteamericano. La vanguardia armada encabeza la ofensiva de los pueblos para derrotar al imperialismo norteamericano, y esas vanguardias y esos combates suponen la apertura que permite el surgimiento y el desarrollo de una vanguardia artística y su radicalización. Y el surgimiento, el desarrollo y radicalización de los métodos, el lenguaje y los objetivos de esa vanguardia artística.”

Es el clima de América Latina en resumen, el que asegura un cine revolucionario en los próximos años y el que lo hace posible hoy día.

El II Festival del Nuevo Cine Latinoamericano y el II Encuentro de Cineastas Latinoamericanos han permitido confrontar obras e ideas, comprobar que el cine de la revolución existe, crece, se afirma, y que, muchas veces reducido a la ilegalidad (burguesa), es, sin embargo, testimonio del más combativo y auténtico patriotismo: el de los combatientes por la liberación de América Latina.

(Tomado del periódico *Granma*, noviembre 18 de 1969.)